

REESTRUCTURACIÓN URBANA EN PEKÍN

Jornadas de Antropología Urbana. Bilbao, Noviembre 2007

Miguel Martínez
Universidad Complutense de Madrid
miguelam@cps.ucm.es

Resumen

El crecimiento económico acelerado que ha experimentado China en las últimas décadas adquiere su manifestación más cruda en los procesos de reestructuración urbana de sus ciudades. Un caso relevante, aunque no exclusivo, es el de su capital, Pekín (o Beijing). En el presente trabajo se exponen los resultados de una exploración etnográfica, realizada en 2005 y en 2006, de algunos aspectos de esos procesos de reestructuración urbana en Pekín: la expulsión de moradores de rentas bajas del centro urbano, la represión institucional de la protesta y el disenso con los proyectos de internacionalización y elitización de la ciudad, las condiciones de vida del nuevo proletariado urbano, y la edificación de nuevas urbanizaciones céntricas con notorias medidas de seguridad y de segregación social. En esta etnografía urbana nos proponemos, ante todo, poner de relieve algunas variables sociológicas significativas de lo que supone la generación de una “ciudad global” en el contexto de transición de un sistema de socialismo-capitalismo de Estado a otro de capitalismo más abierto y desregulado. En segundo lugar, se sugiere un método de exploración que vincule las dimensiones específicas de los procesos de reestructuración urbana con un análisis de la evolución urbana y social del conjunto de la ciudad, entendida en su contexto metropolitano y estatal, y configurada por formas particulares de vida y de uso de los espacios.

1. Beijing, primavera de 2005: la urdimbre de la globalización urbana

La primera impresión que se tiene al penetrar en las riadas de vida de Beijing es que se asiste a una frenética e imparable renovación urbana en un contexto de capitalismo salvaje. El volumen de los anuncios publicitarios es gigantesco y se hace notar especialmente alrededor de las parcelas en donde se edifican incesantemente rascacielos y centros comerciales. En muchos casos aún se pueden observar en el interior de esos recintos acordonados por las vallas publicitarias, las fábricas, los edificios de pisos antiguos o las viejas construcciones de casas bajas y de minúsculo tamaño con todo tipo de enseres acumulados en sus umbrales. En esos barrios acosados aún siguen fluyendo todo tipo de actividades y tránsitos, como peluquerías, comida casera vendida en improvisados tinglados, gente cortándose el pelo o jugando a las damas o a las cartas sentados en cualquier caja o banco, bicicletas con todo tipo de portabultos e ingenios adaptados para multiplicar su utilidad, etc. Sin embargo, la sensación que se tiene es de calma, de paciente espera a que les compensen por el seguro desplazamiento residencial que les espera.

Ha habido muy pocas protestas y casi ninguna en espacios públicos pues son casi inmediatos los arrestos en esos casos. Una de ellas tuvo lugar con coches portando carteles en su interior y cortando el tráfico en la plaza de Tiananmen. Pero en esa ocasión se trataba de compradores de los nuevos pisos en una de las promociones del centro urbano a la que le habían sustraído las zonas verdes poco después para construir nuevos bloques en su lugar, con la venia de las autoridades municipales. La

presión y las negociaciones de los compradores llegaron a implicar al alcalde que, en ese caso, intervino para que diera marcha atrás una práctica especulativa habitual: la de modificar los proyectos una vez aprobados y en gran parte desarrollados. Cuando se trata de poblaciones pobres, desempleadas y que subsisten en economías urbanas informales y sumergidas, sus posibilidades de permanencia en el centro son remotas. En muchos casos no poseen la propiedad de sus viviendas, pues habitualmente se tardaba 70 años en acceder a ella cuando la promoción había sido subsidiada públicamente. Por otra parte, las nuevas urbanizaciones son declaradas de “interés público” en cuanto entran en juego la demolición de las viviendas existentes y algún tipo de compensación económica a los moradores. De este modo se garantiza la amenaza de la expropiación a quien no ceda a la venta a unos precios que nunca alcanzan para adquirir una de las nuevas viviendas que van a ser edificadas en su lugar (una excepción a esa constante se puede apreciar en la ciudad de Miyun, a unos 40 km. al norte de la capital). Desde el momento en que algún periódico se hizo eco, tímidamente, de las quejas de los residentes tradicionales, la Administración habilitó una oficina de reclamaciones que evita la confrontación pública, pero que no parece haber mejorado las condiciones de sustitución social y residencial que estas nuevas promociones comportan.

Las normativas legales al respecto de la publicidad no deben ser muy estrictas a juzgar por las enormes dimensiones de los carteles que se pueden observar. Cada proyecto urbano lleva su logotipo y su eslogan, con frecuencia combinando las notaciones chinas con las occidentales en general o las inglesas, en particular: “Kidults”, “Ego”, “Pingod”, “SOHO”, “Nolita”... El propio CBD (Central Business District) de la ciudad es auto-anunciado como una marca más, junto a complejos que imitan claramente a los de otras ciudades globales: “China World Trade Center” es, sin duda, el más notorio. A las puertas de cada uno de estos nuevos edificios de más de 20 alturas en su gran mayoría, es reiterada la presencia de vigilantes privados, vestidos con llamativos y sofisticados atuendos paramilitares que substituyen a una ya *caduca* policía pública. Por “caduca” sólo quiero decir que su presencia es menos vistosa en el centro urbano en comparación con la de este nuevo “ejército” y puede resultar ilustrativa la falta de obediencia que sufren los guardias urbanos al intentar regular el tráfico moviendo unos banderines rojos a los que frecuentemente no se les hace caso.

El panorama urbano, por lo tanto, ha cambiado a una velocidad de vértigo en apenas una década y media. Los edificios de grandes alturas y con todo tipo de ensayos artísticos y arquitectónicos en sus formas externas han densificado enormemente una ciudad en la que la carencia de espacios públicos como plazas y parques hace aún más pesada la nueva homogeneidad del modelo constructivo emergente. La sustitución edilicia persiste al mismo ritmo y tiene sus marcas visibles: el signo circular que el Estado imprime en las fachadas de los edificios que van a ser próximamente demolidos; las coloridas impresiones digitales que decoran las vallas publicitarias de más de 3 metros de altura; los edificios CEOs (*Chief Executive Office*) específica y vanguardistamente diseñados donde se gestionan las ventas de las viviendas, oficinas y locales comerciales del nuevo complejo. Por detrás de todo ello ocurren procesos más complejos y, a la vez, menos visibles: la venta de suelo público (por defecto, todo el suelo, antes de su privatización) a los promotores públicos o privados y su reventa entre estos últimos; las campañas publicitarias para promocionar cada urbanización en la prensa, ante las autoridades y ante la clientela de clases medias y altas, por ejemplo, exhibiendo la firma de “arquitectos estrella” en los diseños; la desaparición progresiva y silenciosa de barrios y mercados populares donde la mezcla social y de edificaciones, la venta ambulante, los talleres de reparaciones varias, o el sorprendente muestrario de productos a precios asequibles, van dejando paso a centros comerciales dirigidos a estratos sociales con un elevado poder adquisitivo. Todas las revoluciones, pues, parecen tener en común ese afán por destruirlo todo primero, para reconstruirlo todo inmediatamente después. La desaparición de las puertas de la vieja muralla de la ciudad cuando se construyó el metro, constituiría la mejor metáfora de la actual revolución urbanística que impregna toda la ciudad.

Como resulta obvio, todos estos procesos requieren un aporte sustantivo de fuerza de trabajo y de inversiones de capital. Con respecto a lo primero no hace falta recordar que los salarios son extraordinariamente bajos en comparación con las medias europeas: por ejemplo, el subsidio de desempleo ronda los 70 euros mensuales. Pero además es evidente en la organización del trabajo que se utilizan grandes cantidades de obreros y obreras para realizar las más simples tareas. Tanto en el sector de la construcción, donde no es raro ver cuadrillas de decenas y cientos de trabajadores acondicionando una calle en largas jornadas laborales, incluidos los fines de semana y el horario nocturno, y contando sólo con la maquinaria imprescindible, o durmiendo durante meses en precarios barracones instalados en la propia obra; como en los autobuses, donde siempre hay una persona cobrando los billetes manualmente además de la que conduce el vehículo, en el metro donde no hay máquinas expendedoras ni franqueadoras de los accesos, o en los restaurantes donde nunca da tiempo a aprenderse la cara de todos los camareros que han atendido a una misma mesa.

La inversión extranjera no deja de fluir y de contar con los atractivos que ofrecen el Estado y los reducidos precios de esa mano de obra. Pero también se movilizan numerosos capitales internos. El *boom* inmobiliario ha dado lugar, por ejemplo, al conocido efecto dominó del incremento sin rumbo de los precios de la vivienda, a un ritmo tan espectacular como el experimentado en España sin haber alcanzado aún esos precios (en bienes como los automóviles, sin embargo, la semejanza es mucho mayor). El Banco de China ha decidido, en esas circunstancias, enfriar el mercado elevando el precio del dinero para préstamos hipotecarios y situando el interés *mínimo* en 5,51% para la compra de la primera vivienda, y en un 6,12% para la segunda y sucesivas. Aún así, y aunque se pueden ver algunos edificios finalizados todavía sin habitar, en una promoción en pleno CBD (*Kidults*) ya se había vendido más del 60% el día en que se inauguró la oficina de ventas y la afluencia de potenciales compradores al lugar era constante, a pesar de que las construcciones aún se hallaban con los cimientos a la vista. Entre estos habría que contar a una parte de inversores extranjeros que sería más bien pequeña en cuanto a que establezcan aquí su residencia habitual. No se trata, claramente, de una ciudad multicultural y cosmopolita, pero cada vez tiende a aumentar más el número de empresas extranjeras que abren sedes aquí y, en un proceso paralelo, a desaparecer las restricciones que existían a la migración interna desde zonas rurales de China a la capital (por ejemplo, impidiéndoles acceder a trabajos como el de taxista, obligándoles a controles de salud, etc.).

La ciudad de Beijing posee, junto a otras tres ciudades chinas, un estatuto administrativo semejante al de las provincias. Sin embargo, suele oponerse como “centro cultural” a Shanghai, considerada esta en tanto que “centro de negocios”. Aunque el bosque de rascacielos aludido, la veloz dinámica constructiva y la creciente presencia de empresas multinacionales en la capital, no ofrecen duda alguna de la relevancia económica de Beijing, algunos indicios podrían acercarnos a entender mejor la connotación mencionada.

Ante todo, para el visitante o residente extranjero se pueden encontrar dos periódicos publicados íntegramente en inglés: China Daily y Beijing Daily, ambos editados aquí. No obstante, es difícil acceder a otra prensa internacional, pero los kioscos están muy nutridos de publicaciones locales y nacionales, y en el metro y en los autobuses es habitual encontrarse con activos lectores de todas las edades. Una herencia de los viejos “dazibaos” con “comunicados oficiales” de la Revolución Cultural, también está presente en muchos paneles acristalados esparcidos por la ciudad en donde se despliegan en vertical todas las páginas de algún periódico o semanal.

La centralidad turística de la capital se concita en algunos hitos históricos que mantienen también, al mismo tiempo, el orgullo localista y el atractivo para el resto de compatriotas: la Ciudad Prohibida, la plaza de Tiananmen, el Templo de los Lamas, el Templo del Cielo, etc. En relación a este último

conjunto arquitectónico –que ha merecido la protección de la UNESCO-, es sorprendente que, ante la escasez de parques y jardines, el acceso al espacio natural que lo rodea -compuesto por millares de cipreses y arbustos junto a alguna que otra pradera- también sea de pago: unos 10 yuanes –más o menos 1 euro- (el acceso a todos los monumentos es de unos 30 yuanes en temporada baja), si bien se pueden obtener unos pases mensuales a un precio diario más reducido. Junto a los excursionistas procedentes de otras regiones del país, en ese parque se pueden ver también a oriundos que salen a pasear, cantar, dormir la siesta o que sacan a tomar el fresco a sus pájaros de compañía, en pequeñas jaulas cubiertas eventualmente con una tela oscura.

Durante este y el anterior año ha habido una colaboración cultural mutua con Francia que, entre otros eventos, se podía advertir en las calles gracias a los anuncios de un festival de cine galo. Pero si hay un recinto que realmente condensa las vanguardias artísticas y culturales en Beijing, ese es Da Shan Zi. Está situado en un barrio de modestas edificaciones y, más exactamente, en el interior de un recinto industrial adyacente a las construcciones residenciales y comerciales populares. Algunos talleres y fábricas aún siguen en activo, aunque muchas de ellas han cesado su actividad hace tiempo y muestran un estado ruinoso. El “distrito artístico” se compone de numerosas galerías de arte, bares, librerías, tiendas de ropa o de artesanía, locales de ensayo y de representación teatral, imprentas-editoriales, oficinas o estudios profesionales, etc. No está señalizado de una manera muy grandilocuente y es fácil perderse en su interior, pero muchos de los locales se han acondicionado por medio de fuertes inversiones y atraen efectivamente a un público “selecto”, con alto poder adquisitivo, tanto local como extranjero (no en vano, la zona está localizada cerca de la carretera hacia el aeropuerto).

La vida social sigue el mismo ritmo ajetreado que en cualquier centro metropolitano. Junto a las últimas tecnologías y vestimentas de marcas internacionales por doquier, las calles reúnen también a vendedores ambulantes de artesanías tibetanas o de maíz dulce cocido, a personas mendigando, a mecánicos de bicicletas situados en cada esquina, y a gente humilde transportando sus escasas pertenencias en todo tipo de vehículos con tracción humana. El abanico de tipos de coches a la vista abarca, igualmente, un amplio rango en el que no son inusuales los modelos de gama alta. Es evidente, por lo tanto, que las desigualdades sociales y económicas son tan notables como en cualquier país capitalista. Y eso que la última declaración del congreso del Partido Comunista ha vuelto a insistir en que la “sociedad armoniosa” por llegar está ya más cerca, si bien sólo hay que solventar esas pequeñas desigualdades (reproducidas también, han dicho, entre las poblaciones de ámbitos rurales y de los urbanos) y frenar la enquistada y galopante corrupción política e institucional.

La economía informal debe tener proporciones extraordinarias si tenemos en consideración los numerosos chiringuitos de venta de “comida rápida” (algunos concentrados en calles secundarias donde aparcan gremialmente los taxistas, por ejemplo) o de múltiples cachivaches y servicios (cortes de pelo o masajes, por ejemplo, en una frecuentada zona de bares alrededor de un lago). Entre quienes se “buscan la vida”, en todo caso, debe predominar la tradicional discreción china, asumiendo pacientemente los riesgos inherentes a esas prácticas. Es el caso, por ejemplo, de los “taxistas piratas” que no tienen licencia y, por lo tanto, no están asalariados en ninguna de las empresas públicas que ofrecen ese servicio. Bien sea debido a esa discreción, bien a la eficacia policial, lo cierto es que las actividades delictivas deben ser bastante escasas y sólo a veces se pueden percibir indicios de su existencia, como las notas informativas que deja la policía en algunos restaurantes advirtiendo de la presencia de bandas organizadas que han venido atracando a los comensales en la zona. La contraparte de ese control social sólo se aprecia por omisión: no existen apenas mensajes, *graffittis* o carteles exhibidos por las calles que lleven la firma de organizaciones sociales independientes del Estado o de empresas comerciales. Ante esa “limpieza” del espacio

público, sólo queda el propio cuerpo y la propia ropa como medios de comunicación alternativa: los peinados, los *piercings*, los mensajes en las camisetas, etc.

Parece paradójico que un país socialista, con un Estado autoritario, haya promovido la transición hacia el ideal comunista a través de dos fuertes apuestas: el mercado capitalista, por una parte, y el fortalecimiento de la unidad familiar, por la otra. Sólo teniendo presentes esas dinámicas y las herencias culturales previas a la Revolución Cultural (esas joviales supersticiones sostenidas con amuletos que incrementan la abundancia de las cosechas, o situar las palmas de las manos debajo de un árbol centenario para contagiarse de su longevidad, por ejemplo) y las generadas por ella (el “sacrificio” individual a favor de la colectividad, la represión sexual, la consideración como “contrarrevolucionaria” de cualquier disidencia de opinión, la prohibición de hacer fotos sólo abolida en las últimas décadas, etc.), se puede entender que los espacios públicos generen tanta indiferencia. En particular, se echa en falta en Beijing un mayor cuidado por el mobiliario urbano, los depósitos de basura, el estado de las aceras y las calzadas, la contaminación o desecación de los cursos fluviales, el decrepito estado de las estaciones de autobuses o de los autobuses mismos, la invasión abusiva de aceras y carriles-bici por parte de los coches, etc. Todo ello contrasta con algunas modernas plazas o explanadas generalmente creadas por los promotores de nuevas edificaciones a la entrada de los centros comerciales, con todo lujo de diseños formales y equipamientos (emitiendo música a través de potentes altavoces ocultos, por ejemplo) y, por si acaso, con frecuencia custodiadas por compañías privadas de vigilancia.

El clima seco de Beijing, por su parte, contribuye poco a que se pueda respirar fluidamente, por lo menos durante la estación primaveral. Densas nubes de polvo y anhídrido carbónico están suspendidas en el aire y se van depositando sin clemencia sobre las carrocerías de los coches, los pasamanos, los columpios de los parques infantiles, los cristales de los edificios y, al menor descuido, en el interior de las viviendas. Es muy probable que se pueda aplicar aquí la regla de que el mayor porcentaje de contaminación procede del tráfico motorizado (aunque no debemos descartar la debida al *boom* edificador ya mencionado, a la extensión de los sistemas de calefacción y de aire acondicionado, y a la aún considerable combustión de carbón vegetal). Este origen aumenta a medida que se añaden otros factores muy presentes aquí, como la antigüedad y malas condiciones de mantenimiento de una gran parte del parque automovilístico, y la alta ocurrencia de atascos, congestión y tráfico excesivamente lento. Pero, lo que por una parte contamina, por otra produce seguridad vial: en particular, las masas de peatones y de ciclistas ayudan sensiblemente a regular la velocidad del resto de vehículos a motor ya que los conductores de éstos deben tener en cuenta el constante cruce de los vehículos más lentos. El único defecto de esta mezcla tan aparentemente caótica es que casi no se respetan las señales de tráfico ni las normas de precedencia en las intersecciones viarias. En esta materia las responsabilidades se distribuyen por igual entre todas las partes.

2. Beijing, verano de 2006: agentes reestructuradores y economía simbólica de la ciudad

Beijing es la denominación en “pinyin” de Pekín y, actualmente, es la que se usa tanto en chino como en inglés. Pekín, pues, es un término con reminiscencias coloniales que se remontan a las intrusiones inglesas, francesas, alemanas y portuguesas a partir del Siglo XVIII. Curiosamente, sigue siendo el que se emplea en español.

Es la capital de la República de China, en herencia de su nominación como capital del Imperio chino

a partir de la dinastía Yuan (1297-1368). En virtud de esa herencia, alberga varios recintos históricos que constituyeron las ostentosas residencias de las distintas regencias imperiales y entre los que destaca la Ciudad Prohibida (construida en 1420), en pleno centro urbano, junto a la plaza de Tiananmen.

Posee, junto con Shanghai, el estatuto de “ciudad autónoma” que le confiere independencia administrativa con respecto a la región que la circunda, la provincia de Hebei. La población de Beijing ya supera los 14 millones de habitantes y su constante crecimiento demográfico y urbano de las últimas décadas se acompaña de un notable éxodo rural que ya no es frenado por las autoridades de igual forma a como se hacía en el pasado reciente.

En el periódico El País, de 13 de julio de 2006, aparecían cinco noticias sobre China. Una se refería a la fabricación de automóviles MG Rover en Estados Unidos por parte de una compañía china “multinacional”, otra a la primera traducción al chino de El Quijote directamente del español original, y una más referida al envejecimiento de la población que comienza a pasar factura al sistema de pensiones y a las políticas de restricción de la natalidad que se han aplicado durante décadas. La prohibición de tener más de un hijo, implantada en 1978, ha mudado ligeramente, pero no sus efectos generacionales y de género.

El abandono de niñas por ser menos preferidas que los niños, es una de las condiciones que ha favorecido el actual flujo de familias españolas que vienen a China a adoptar. En el avión que partía de Ámsterdam subieron unas 15 parejas españolas con ese único fin. Comentaban que la media es de unas 140 adopciones efectivas por mes, aunque en los últimos años se habían ralentizado más los trámites (las que procedían de Galicia llevaban dos años de gestiones). Las autoridades chinas les exigen estar casados (no es suficiente con demostrar ser “parejas de hecho”), que paguen unas tasas al Estado y una “donación” de unos 4.000 dólares estadounidenses al orfanato, que su estancia en el país con la niña antes de regresar a España sea superior a un mes y que preserven la cultura china de la niña volviendo al país en el futuro o enseñándole el idioma chino.

Por otra parte, varias generaciones de niños y niñas chinas han crecido sin hermanos o sólo con uno. Por ello, las actuales políticas de natalidad establecen en dos el número permitido de hijos para quien ha sido hijo único y para las minorías étnicas (más de 55 reconocidas oficialmente a lo largo de todo territorio chino). Quien supere esa cifra, simplemente debe hacer frente a diversas multas y tasas de penalización. No obstante, son los jóvenes más acaudalados y quienes más se han beneficiado del auge económico del país, los menos interesados en la procreación, por lo que en este tema no se dejan de apreciar auténticos bandazos de rumbo oscilando entre las decisiones individuales y las minuciosas políticas de natalidad que siempre han estado más acentuadas en los regímenes autoritarios, pero que impregnan igualmente las políticas sociales de las democracias liberales.

Las otras dos noticias sobre China llevaban titulares esclarecedores: “Don Felipe alaba el esfuerzo de los empresarios españoles en China. La potencia asiática recibe con honores de Estado a los Príncipes” y “Preveamos una afluencia masiva de estudiantes de español. Inmaculada González Puy / Directora del Instituto Cervantes de Pekín”. Como se puede deducir, todas esas noticias tienen hilos ocultos que las conectan. El estudio de lenguas extranjeras es un mercado en el que compiten los distintos Estados al igual que éstos, por todos los medios a su alcance, promueven también a sus empresarios patrios. El Instituto Cervantes, dice la noticia, pretende ofrecer cursos de español a los cientos de estudiantes chinos que los demandan y que no son aceptados en las únicas 44 plazas provistas por la Universidad de Lenguas Extranjeras. Entre este tipo de instituciones culturales oficiales, sólo la Alianza Francesa, hasta la fecha, había sido autorizada para impartir esta docencia. Como apunta también una de las frases resaltadas en la noticia sobre la visita del príncipe “la agenda

del Príncipe va mucho más allá del objetivo central de la visita, inaugurar la sede del Instituto Cervantes”. Ese “mucho más allá” consiste en cenar con “los directivos de las 25 mayores empresas interesadas en invertir en España” y en inaugurar en Shanghai un Foro de Inversiones “en el que 111 empresarios españoles celebrarán 700 entrevistas con 400 colegas chinos para explorar negocios”.

El resto de la noticia es una excelente presentación de los detalles que se esconden tras los términos periodísticos “potencia asiática” (capitalismo salvaje en una dictadura comunista), “visita de los Príncipes” (representantes políticos de una Monarquía que visitan a una República “popular”) y “esfuerzos políticos” (para promover los intereses de los empresarios, a los que la promoción cultural y lingüística les puede resultar de ayuda):

“El aspecto económico domina una vez más el programa de este viaje, ya que, pese a los esfuerzos políticos realizados y a los 500 millones de euros dispuestos por Comercio para promover las empresas y los productos españoles en China, el déficit hispano-chino aumenta sin cesar. Alcanzaba los 7.000 millones de dólares en 2004, y hoy supera los 10.000 millones, según fuentes diplomáticas españolas que no ven en este dato un fracaso, sino la consecuencia natural de que la república popular, con un crecimiento anual sostenido superior al 9% desde hace una década, haya desplazado a Japón en los mercados internacionales colocándose como tercera potencia comercial del mundo, tras Estados Unidos y Alemania. En términos de producto interior bruto (PIB) sigue siendo, sin embargo, la cuarta, dado que Japón mantiene su segundo puesto entre los otros dos países citados.

China exporta a España mucho textil (casi 1.000 millones de euros en 2005), pero también sumas igualmente relevantes de equipos informáticos y de telecomunicaciones, de climatizadores y de electrodomésticos. España tiene 350 empresas en este país, frente a 1.200 de Italia, 1.600 de Francia o 1.850 de Alemania. En su mayoría son de tamaño mediano, y esa misma dimensión dominará hoy el Foro de Inversiones de Shanghai, la capital económica que refleja el desarrollismo chino de un modo apabullante. Los grandes grupos, empezando por Telefónica que adquirió hace un año el 5% de la segunda operadora china; por Acciona, en la energía eólica, y por Balfour, en los ferrocarriles, se interesan cada vez más por un mercado en el que el BBVA está a punto de introducirse como banco de inversiones. También Inditex ha iniciado su andadura, con producción y tiendas de Zara en Pekín y Shanghai, ampliando un panorama empresarial español dominado hasta ahora por la fabricación de componentes de automóvil y de transporte.”

Hablar español en China o, simplemente, tener pasaporte español cuando se viene a adoptar niñas, de turismo o a realizar investigaciones académicas, es una condición social difícilmente separable de ese contexto de relaciones económicas y políticas fraguado entre los dos países. Por más monárquico o republicano que sea un individuo, por más favorable o contrario que sea a las políticas de natalidad, por más interés que tenga en disociar o no la cultura y la política de las relaciones económicas capitalistas, no podrá sustraerse fácilmente a los mencionados condicionamientos sociales. Existen antes de nuestra presencia. Nuestra presencia los actualiza y matiza. Somos interpretados, en parte, por ellos: su peso se puede repartir también con la imagen que los equipos de fútbol asocian al resto de ciudadanos. Los países y las ciudades, en definitiva, ya poseen una densa trama de historias, mensajes y trayectos antes de que los recorramos individualmente.

El frenesí constructivo en la ciudad tiene protagonistas de carne y hueso. Y, por supuesto, toda una suerte de representaciones rituales, de impactantes escenas “in vivo”.

La compañía SOHO China inauguró ayer, por todo lo alto, un nuevo emprendimiento inmobiliario. Al contrario que otras empresas de promoción inmobiliaria más discretas, en ésta su cabeza visible aparece en grandes carteles publicitarios, mantiene una *weblog* diaria, invita a los periodistas a

comer, ofrece conferencias, publica libros y revistas vanguardistas de debate, e incluso ha participado como actor en alguna película.

El edificio de ventas en esta ocasión contenía una librería con todo tipo de publicaciones de la empresa inmobiliaria, pero también con obras de diseño, publicidad y arquitectura tanto en chino como en inglés. En el tercer piso el arquitecto coreano Seung H-Sang autor de la futura construcción ofrecía una “lección magistral” sobre las ideas arquitectónicas que habían inspirado su proyecto presente. El promotor-estrella atendió fielmente desde la primera fila e intervino a continuación de una forma natural y aparentemente improvisada pero cuyas reflexiones no les debieron resultar superficiales a los periodistas, pues no faltaron las preguntas y el debate animado a continuación.

Mientras, en la planta baja, los agentes de ventas (en su mayoría, mujeres) mostraban planos de detalle sobre las oficinas y locales comerciales a numerosos compradores. Una de ellas acababa de vender dos oficinas: no recibe un salario, sólo una sustanciosa comisión por cada venta. Se ofrecieron bebidas y comidas durante toda la tarde, entre las 15,00 y las 21,00 h., por lo menos. Además del amplio despliegue de camareras y agentes de ventas, el personal contratado para el evento abarcaba a varias decenas de guardias de seguridad vestidos con discreción (sin ostentar armas o uniformes paramilitares, sólo teléfonos móviles y auriculares con sus cables colgando), abundantes fotógrafos y videocámaras a cargo de la propia empresa, conductores de minibuses propios, así como personal de asistencia general proporcionando micrófonos a la intérprete de coreano y a los periodistas y público que formulaba preguntas.

A toda persona interesada se le entregaba una gruesa carpeta con varios cuadernillos interiores, todos con un cuidadoso, original y provocativo diseño. Valga reseñar, como muestra, el dibujo final de un tigre y de un conejo, los dos con un aire circunspecto (aunque sólo la mirada del guepardo interpela directamente al espectador) transmitiendo una armoniosa (aunque inquietante) convivencia. Esa preocupación por el diseño impregna tanto los nuevos edificios a construir como el propio edificio de ventas, todo su mobiliario y cada elemento decorativo. En el hall de recepción, por ejemplo, junto a unas minimalistas mesas y bancos rectangulares de un virginal color blanco, con iluminación central por debajo de la superficie de las mesas, los techos se hallaban decorados con cintas formando curvas y espirales al más puro estilo “pop”, llenas de colores variados y evocadores de estados psicodélicos. Todo ello dispuesto en un espacio a modo de cafetería y transmitiendo transparencia: los contratos se negocian y firman ahí mismo, sin mamparas separadoras, sin oficinas privadas, se acepta a las claras que el objetivo es comprar y vender bienes inmobiliarios, y que se entra a formar parte de una comunidad artística de vanguardia.

En torno a las 19,00 h. comenzó un espectáculo audiovisual con violinistas y danza actuando en directo. En ese momento la afluencia de visitantes abarrotó las instalaciones y podría superar fácilmente el millar de personas. También varió algo la edad media, pues entonces aparecieron algunos niños junto a sus padres y algunas personas de más de 50 años, mientras que antes la homogeneidad generacional de los presentes se encontraba dentro del rango de 20 a 40 años de edad. Tanto esas edades como la clase social media y media-alta eran las características predominantes de los trabajadores y de los clientes congregados.

Poco antes de dar comienzo ese último espectáculo, el vicepresidente de la compañía volvía caminando de comer de un restaurante de lujo junto a varios prestigiosos periodistas en materias arquitectónica e inmobiliarias (uno de una publicación china con subtítulo en inglés, “ihome”). Antes de alcanzar el edificio de ventas, cientos de obreros de la construcción (y alguna obrera también, aunque muy pocas) esperaban en las aceras sentados de cuclillas sobre sus cascos. Por detrás de ellos se alzaban las enormes vallas publicitarias (de unos tres metros de altura) que rodeaban la

construcción, publicitando el nombre del complejo de oficinas, SOHO China, y con la fotografía del promotor inmobiliario a modo de gigante. Al llegar un autobús, un grupo de ellos, muchos sin camisa debidos al sofocante calor y la humedad del verano, se agolparon y empujaron con violencia para poder entrar los primeros, sentarse y, tal vez, dormir un poco antes de regresar a casa. El resto de la masa de obreros permanecía inmóvil y sonriendo ante las prisas de los que pretendían subir al autobús.

Las jornadas de trabajo deben ser muy prolongadas, pues a medianoche todavía se puede observar a peones salir de numerosas obras. Las condiciones de trabajo tampoco parecen ser las mejores pues en algunas calles se puede ver como apenas disponen de un lugar adecuado donde comer y ocupan las aceras y trozos de las carreteras, irrumpiendo así en la ya de por sí congestionada circulación urbana.

Volviendo a la inauguración del Instituto Cervantes de esta misma semana, en uno de los conciertos que organizó en una sala musical “alternativa” de la ciudad, Yugong Yishan, una antropóloga, Mercè Campo, que lleva tres años investigando la emigración rural en la capital, a menudo destinada precisamente al sector de la construcción, añadía otro elemento relevante para entender el emergente e imparable “boom” inmobiliario. Se trata de la población que residía en el centro urbano y que está siendo expulsada masivamente debido a las nuevas construcciones de oficinas, lofts (pequeños apartamentos de lujo, para familias –o individuos- sin descendencia ni ascendencia) y centros comerciales. No conocía ningún caso de fuerte resistencia de estos moradores a su expulsión debido probablemente, explicaba, al miedo que se tiene a la represión de toda protesta desde 1989 (fecha de los sangrientos asesinatos de manifestantes en Tiananmen). Sin embargo, sí conocía algunos casos en los que los residentes colocaban pancartas de protesta en los edificios y otros en los que conseguían el realojamiento en los nuevos edificios construidos. La consecuencia más inmediata de estos realojamientos, en todo caso, era la pérdida de las relaciones comunitarias de vecindad y de ayuda mutua que habían marcado su pertenencia al centro urbano. A partir de ahora, vivirían en pisos de mejor calidad, pero su mantenimiento sería más costoso, muchos de sus vecinos y familiares se encontrarán alejados, y muchas de sus compras habituales serán más caras si intentan abastecerse en las nuevas tiendas que se instalarán en el cada vez más exclusivo “centro de negocios”.

El diseño artístico como una herramienta para vender oficinas en el centro de negocios, las condiciones de trabajo de los operarios de la construcción y el masivo desplazamiento obligado para los moradores tradicionales, constituyen los mimbres principales de estas operaciones inmobiliarias. En el caso de SOHO China y de algunas promociones inmobiliarias anteriores de la misma compañía, puede apreciarse también un inusitado interés por conseguir centros urbanos con gran densidad humana y comercial, intentado no dejando un solo espacio sin vender antes de su construcción, proporcionando diseños provocadores y originales de cada pasillo, fachada, voladizo y pavimento; estimulando con colores, logotipos y espectáculos el “funcionamiento” regular de los espacios ya construidos. Sólo la noche y su desierto, además del precio de las escasas residencias que permanecerán disponibles en el centro y de la ausencia de niños que traerán consigo, amenazan con interrumpir esa mezcla social pretendida y a todas luces oscurecedora de las crecientes desigualdades y conflictos sociales subyacentes.

Entre las publicaciones en inglés que se pueden conseguir en Beijing, destaca *That's Beijing (tbj)*. Sólo por medios escritos en inglés o por conversaciones con extranjeros y con los pocos nativos que dominan inglés, es posible conocer los detalles de los principales procesos urbanos locales.

En *tbj*, al igual que sus publicaciones hermanas en otras ciudades, es una especie de guía del ocio mensual con abundante publicidad (que, en este caso, hace que no tenga un precio de venta al público) y con algunos artículos de opinión y reportajes típicos de cualquier *magazine* desenfadado

(a menudo redactados por jóvenes periodistas en prácticas). Sus secciones regulares incluyen comentarios y listados sobre la actualidad artística, musical, teatral, cinematográfica, literaria y de diversión en bares nocturnos (*nightlife*). En un apartado complementario (*lifestyle*) se hacen recomendaciones sobre restaurantes, tiendas, viajes y salud, a lo que se añaden otras secciones sobre temas familiares y comunitarios (educación, ONGs, etc.) y sobre negocios. Como se puede deducir, todo ello va dirigido a un público de clase media y alta, con alto poder adquisitivo y en gran parte extranjero (estudiantes, profesores, periodistas, profesionales liberales, directivos de empresas, personal diplomático, etc.). Su gratuidad, por lo tanto, no afecta lo más mínimo a sus objetivos: publicitar productos de lujo y animar al consumismo más exacerbado y distinguido.

Independientemente de las puntuales referencias a una cierta escena “underground” o alternativa en materias culturales que puedan filtrarse en dicha publicación, lo que más llama la atención es que se acompaña de una publicación gemela titulada “tbjhome”. O sea, de una guía inmobiliaria en toda regla, como no podía ser menos en este contexto de revalorización continuada del suelo urbano y de una escalada sin precedentes (probablemente, a nivel internacional) de los ritmos urbanizadores y constructivos.

El ejemplar de *tbjhome* correspondiente al mes de abril de 2006 se abre con una portada que no deja lugar a dudas de los propósitos y la línea editorial de la publicación: “The King of Beijing. SOHO Developer Pan Shiyi focuses on the here and now”. En la entrevista, el promotor inmobiliario “estrella” (junto a su mujer, con la que co-dirige su lucrativa empresa) hace gala de su propia estrategia publicitaria: cuanto más transparencia, visibilidad pública, espacio en los *mass media* y protagonismo, mejor (para el negocio, se sobreentiende). Lo normal es que este tipo de actividades empresariales se hagan en la trastienda, negociando con los propietarios privados y públicos, más bien esto último en el caso de China ya que se está produciendo una descomunal privatización del suelo en primera instancia (las reventas posteriores ya son, pues, transacciones entre particulares). Lo que hace Pan Shiyi es más novedoso y puede ser interpretado como más “agresivo” por sus competidores, pero no es ni mejor ni peor: es sólo una estrategia “posmoderna” de marketing, para vender mejor (antes y al precio más elevado) sus productos. Veamos.

Si por algo se pueden distinguir las *filosofías* posmodernas es por la ambigüedad y por el rechazo al debate argumentativo y a la superioridad de una racionalidad sobre otras. En esto, Pan Shiyi se lleva la palma. Durante quince años, asegura el entrevistador, se caracterizó por hacer pronósticos sobre el futuro urbano de las ciudades chinas. En la actualidad se niega a hacer tales especulaciones, actuando como si lo supiera pero como si ahora no fuese el momento de decirlo. Esa ambigüedad se complementa perfectamente con otra técnica discursiva posmoderna: provocar, conseguir la atención del receptor. Por esa razón, Pan Shiyi prefiere jugar ahora la carta de la sorpresa, del último “concepto” que preside sus promociones inmobiliarias, del mismo modo que haría un pintor, un diseñador publicitario, un director de cine o un alcalde-estrella.

“He’s abandoning mixed-use construction, which he pioneered with SOHO, in favour of pure office buildings. ‘First of all’, he says, ‘the success of the mixed-use buildings has been proved by their popularity: almost 100 percent occupancy.’ So why move away from them? ‘Over the past ten years all the focus has been on residential housing, while commercial spaces have been ignored. Commercial buildings are built as concrete shells, then non-professional companies come in and do non-professional interior design. But shops and offices deserve the same thoughtful design as homes.”

El complejo de Jianwai SOHO fue prototípico en cuanto a esa doble funcionalidad de apartamentos que sirven como estudios de trabajo y de residencia a la vez. Proponían centralidad urbana en lugar

de amplios espacios privados (laborales y residenciales, a la vez); densidad social en lugar de dispersión urbana y social. Los “cubículos” tuvieron mucho éxito de ventas debido, según algunos analistas, a la novedad y a las altas expectativas de revalorización que suscitaron. Las ventas, de hecho, fueron más rápidas que la ocupación efectiva, pero se puede apreciar a simple vista que ésta es, aun así, bastante elevada. A todo lo anterior se añadió el concepto de “publicitación del espacio privado”: es decir, de abrir al público los amplios espacios (aceras, pasadizos, atisbos de jardines y parques, esculturas, etc.) que comunican unos edificios con otros y de llenarlos de tiendas y locales comerciales de ocio, restauración, arte, etc. La propiedad, mantenimiento y vigilancia de esos espacios siguen siendo privadas, a pesar de las apariencias. De hecho, por alguna oscura razón, está prohibida la circulación en bicicleta por esa zona. Ese medio de transporte, probablemente, sigue asociándose a grupos sociales poco solventes y, por lo tanto, no atractivos para el tipo de comercios que están aquí instalados.

Realmente, se trata de una especie de centro comercial abierto, al aire libre, en el que sobresalen la vigilancia y el control privado por parte de los propietarios de los terrenos, locales y edificios. La apariencia, no obstante, es la de un “espacio abierto a todos”: ciclistas, vendedores ambulantes, vagabundos y no consumidores (o consumidores con bajo poder adquisitivo), en general, tienen vetado su acceso y tránsito por estos *interin*. En el fondo, de lo que se trata con este modelo constructivo y de relaciones sociales es combatir la suburbanización y el *commuting*. Es decir, revitalizar el centro urbano aunando y solapando funciones, ahorrar desplazamientos a una periferia especializada en la residencia y la educación.

“ ‘The idea that each area of the city has a specific function –you live in Fangzhuang, work in the CBD, Haidian is for education and high-tech- is going to cause huge problems for Beijing. All these purely residential suburbs: that’s an enormous mistake! It means everyone’s got to spend all day running back and forth, and the city simply can’t support it.’ Instead of single, mixed-use buildings, Pan advocates mixed-use areas –apartments, offices and shopping centres all near one another. ‘That way you don’t have to drive every-where: maybe you only leave your area once every two or three days.’ ”

Aunque el promotor-estrella no hace alardes teóricos por vincularse a la corriente del “nuevo urbanismo” o a cualquier otra en boga por los circuitos académicos, sus constantes viajes a otras ciudades y su asimilación en forma de *collage* de ideas simples tomadas de cualquier fuente de inspiración, le proporcionan un discurso coherente, seductor y agitador. Su modelo anti-funcionalista y anti-zonificación se podría enraizar perfectamente en las propuestas de Jane Jacobs, pero es más interesante, desde un punto de vista sociológico, ponerlo en relación con sus prácticas reales. En particular, Jianwai SOHO tuvo una virtud añadida: crear (o contribuir sustancialmente a crear) un nuevo CBD donde nadie se lo esperaba, en el tercer anillo de circunvalación, a una considerable distancia del centro por antonomasia (Tiananmen). Tal como explicita uno de los primeros arquitectos internacionales en trabajar para esta empresa, el venezolano Antonio Ochoa-Piccardo (en el mismo número de *tbjhome*), en lugar de alinear los rascacielos a lo largo de una calle con solares altamente valorizados en el mercado de bienes raíces, o de colocarlos uno frente al otro, los edificios de las promociones de SOHO se agrupan evitando hacerse sombra mutuamente, jugando con diferentes escalas y volúmenes, sin perder nunca unos patrones estéticos minimalistas que los identifiquen a todos. Quizás sea excesivo adjetivar esta elevada densidad constructiva como una construcción “a escala humana” o a una “escala íntima” tal como pretende justificar Ochoa-Piccardo, pero lo cierto es que estos diseños de conjunto le han añadido valor, capital cultural, a las promociones facilitando su rápida venta y su reconocimiento público (por las autoridades y por otros arquitectos, en primer lugar, lo cual favorece futuros emprendimientos inmobiliarios).

Beijing sufre de graves problemas de congestión de tráfico. La edificación en altura en su centro urbano incrementa notablemente la cantidad de población que usa los nuevos y numerosos espacios habilitados. Por lo tanto, es de esperar que se incrementen también los flujos de tráfico motorizado y de movilidad en general por cualquier medio de transporte. Esta evidencia puede quedar oculta bajo el discurso acerca de la multifuncionalidad del centro urbano. Si bien es cierto que al combinar vivienda, trabajo, ocio y servicios públicos, se reducen los desplazamientos de la población privilegiada que puede permitirse localizar ahí su residencia, no menos cierto es que la elevada capacidad de consumo de esa población se manifiesta también en su elevada movilidad, en formas de viajes en taxi hacia el aeropuerto o a otras partes de la ciudad (donde se hallan otras empresas, proveedores, oficinas delegadas, etc.), y atrayendo personas que trabajan a su servicio (en la limpieza, la restauración, el cuidado de personas, la atención a clientes en tiendas, las tareas de secretaría y administración, etc.). En consecuencia, resulta temerario no reconocer que todo tiene un límite, incluidos los modelos de mayor densidad y mayor eficiencia ecológica aparente. En realidad, ninguna de estas promociones (Jianwai SOHO, New Town SOHO, Chao Wai SOHO o las de otros promotores inmobiliarios que han renovado o recreado el CBD de Beijing) renuncia a construir el máximo número posible de oficinas, locales o alojamientos que la legislación les permita. Pero eso no se puede decir en público.

“Another change he’s been trying to push is non-walled apartment complexes. ‘People like walls around their apartment because they think it’s safe. Actually, it’s more dangerous. All those dark corners, no one around –anything could happen.’ Knock down the walls, he says, and you let life into the area as well as easing the traffic, which otherwise has to squeeze between isolated compounds. (...) Building new courtyards now is of no use to the Chinese people. Preserve the courtyards that we have, but don’t use modern techniques to build new ones.”

Apréciase la concomitancia entre este discurso y el siguiente:

“Pan has found that he has little sway over the city planners, but this might be the only place his influence doesn’t stretch. Pan’s media-savvy is legendary. In an industry whose players mostly prefer to avoid the limelight, he gives interviews and photos at every chance he gets, and there’s a very good argument that his prophecies –with the help of well-placed media exposure- are often self-fulfilling. Some of the exposure is just for fun: the film *Aspirin*, in which Pan stars alongside Mei Ting, opened in theatres in February, and he very nearly made a Chinese version of Donald Trump’s reality show *The Apprentice* (‘I turned out not to be very appropriated’, he says, adding: ‘I’ve never once had to say ‘you’re fired!’ to an employee’).”

Como hemos mencionado más arriba, puede tratarse simplemente de una estrategia de marketing, ni mejor ni peor que otras. Adoptando de nuevo una interpretación de su *posmodernidad* intrínseca, podríamos deducir que simplemente se trata de extender un estilo personal de entender el mundo a su modo de hacer negocios, del mismo modo que otros promotores más sigilosos harían lo propio con sus respectivos estilos personales. En el caso que nos ocupa, Pan Shiyi expone un modelo de coherencia personal en el que se combinan armoniosamente la diversión, la satisfacción con el trabajo y la intención de ofrecer una imagen limpia de manchas: manifestando que nunca ha tenido que despedir a un empleado, cuando sabemos que muchos ni siquiera tienen contrato pues trabajan con vínculos comerciales, a comisión, con una alta inestabilidad laboral.

Con respecto a la urbanización sin muros, ya se ha hecho notar que esa ausencia implica, en este caso, su sustitución por guardias de seguridad privados. En todo caso, no debería generar la idea equivocada de que el modelo ha tenido éxito y ha sido ampliamente imitado en la ciudad. Bien al contrario, la mayor parte de urbanizaciones son ya de carácter cerrado, “gated communities”. Tanto

en el centro urbano como en los suburbios residenciales. Como argumenta la socióloga Xuefei Ren en el mismo número de *tbjhome* (“Bunker mentality”), no se trata tanto de una importación de las fobias norteamericanas al exterior (agorafobia), al extranjero (xenofobia) y a los posibles criminales de cualquier raza, pero pobres en su mayoría, sino de una larga tradición china de influencia confuciana donde la privacidad, la seguridad y el secretismo constituían valores esenciales. Las construcciones de casas apiñadas en los barrios históricos (*hutong*), muchas de ellas desapareciendo en la última década a la misma velocidad con la que emergen los rascacielos y los centros comerciales, las casas con patio y jardín (*siheyuan*) y hasta los vecindarios comunales, “unidades de trabajadores”, surgidos de la Revolución Cultural (*danwei*) y en donde todo estaba cerca (tiendas, escuelas, fábrica, viviendas) y existía un alto control social y político a la vez, han sido fieles a esa tradición.

Actualmente, en China los índices de criminalidad son bastante bajos. Es de suponer, pues, que no son tanto los temores a la criminalidad presente como la necesidad de acomodación a esos valores confucianos y, más esclarecedor aún, la pretensión de distinción social, las fuerzas que impulsan el auge constructivo de comunidades cerradas y de “villas” (casas con patio y/o jardín), e incluso de espacios híbridos con fuerte vigilancia policial como los de SOHO China. Pero todo orden social tiene sus grietas e intersticios. Cuanto más céntricas son esas comunidades cerradas o esos espacios vigilados, más grupos sociales se mezclan y entran en contacto. Aunque todo tiene un límite, claro está: en el fondo, permanecen jerarquías sociales y la hegemonía de unos grupos frente a otros. Un ejemplo revelador de los intersticios son los propios vigilantes de seguridad. En muchos de los jardines y parques interiores que dan acceso a la entrada de los edificios, se sitúan unos puestos de vigilancia que franquean la entrada y, en principio, deberían exigir una identificación a toda persona que intente pasar. En la práctica, la mayoría de esos vigilantes son muchachos muy jóvenes y sin estudios que, simplemente, muestran su presencia y no impiden el paso más que a aquellas personas que les puedan parecer extremadamente sospechosas. Además, alrededor de muchos de los edificios céntricos y de los centros comerciales, se instala toda una gran variedad de vendedores ambulantes que, de momento, no son perseguidos por las autoridades ni por los residentes más privilegiados. En conclusión, es de suponer que el superávit de seguridad privada actual se debe más a las expectativas de que en el futuro las desigualdades acaben derivando en más criminalidad y menos control público y estatal de esa delincuencia menor (la mayor, la de grandes dimensiones económicas, políticas y sociales, la de “cuello blanco”, esa, como se sabe, pocas veces sale a la luz o alarma a los miembros de las mismas clases altas que la pueden cometer), que de la percepción de peligros presentes.

3. Espacios públicos, ecología de la supervivencia

¿Por qué es tan raro ver el cielo azul y el sol en Pekín? Las explicaciones pueden remontarse a décadas y siglos atrás de evolución ecológica de estas llanuras en relación a las montañas más próximas, a las estepas mongolas y a la rápida desaparición de los propios depósitos de agua dulce y de masas forestales. En primavera, de hecho, cada vez son más agudas las tormentas de arena que tiñen toda la ciudad de una densa capa de polvo amarillento. Pero las alertas medioambientales se han disparado cada vez de forma más frecuente a lo largo de la última década porque los factores antrópicos parecen aún amenazas más irreversibles a este deterioro del clima urbano. En particular, la congestión del tráfico motorizado, las imparable obras de construcción de edificios y carreteras, y el uso de sistemas de calefacción y aire acondicionado, han contribuido poderosamente a cubrir con una agobiante neblina (*smog*) casi permanente el cielo de la ciudad.

Las autoridades han comenzado a ensayar sistemas para provocar más lluvias que alivien la sequedad y las altas temperaturas, además de intentar una puntual regeneración de zonas verdes de cara a lavar la imagen de la ciudad de acuerdo a las exigencias del Comité Olímpico Internacional para la celebración de los Juegos Olímpicos en 2008. Sin embargo, los mencionados factores contaminantes parecen avanzar con un paso más firme pues no son más que los motores de una profunda renovación urbana y de un desarrollismo económico basado en el incremento sin límites del consumo y de la generación de residuos. De hecho, apenas existen sistemas de reciclaje, reutilización y reducción de desechos, excepto, como en tantas otras metrópolis, aquellos constituidos por recolectores “profesionales” de cartones o plásticos, la mayoría subsistiendo en la mayor de las indigencias. Los parques urbanos son muy escasos y los mejores se sitúan en accesos relativamente periféricos, constituidos más en atracciones turísticas cuya entrada se debe pagar convenientemente, que en verdaderos espacios públicos donde poder pasear o hacer deporte respirando menos dosis de metales pesados. En el presente mes se ha anunciado que más de 100 nuevos parques han dejado de cobrar la entrada, pero no se trata de los de mayor dimensión y calidad: en Yuyuantan, por ejemplo, se siguen cobrando RMB 5 por día (4 si se adquiere un abono mensual), con la ventaja añadida de que muchos usuarios han adquirido la costumbre de bañarse libremente en uno de los lagos que contiene (independientemente de las prohibiciones que existan al respecto). Por otra parte, en muchas áreas del centro urbano tradicional y, sobre todo, a partir del segundo y tercer anillo de circunvalación, las nuevas construcciones de edificios primero arrancan de cuajo todos los árboles a su paso y después, a pesar de lo que anuncian los carteles publicitarios, crean minúsculos y privados parques con más cemento y pequeñas plantas ornamentales que con verdaderas masas arbóreas.

¿Cómo es posible, entonces, que las calles acojan a todo un nutrido enjambre de bicicletas y vehículos movidos por tracción humana? De nuevo, puede parecer una simple herencia del pasado, de la pobreza material de un pasado aún muy presente para millones de habitantes. La bicicleta, de hecho, no sólo es un medio de transporte, sino un símbolo de bajo estatuto social. Al mismo tiempo, es un símbolo de unos tiempos que están cambiando aceleradamente. Es decir, su uso, aunque aparentemente tan masivo y expandido como lo podríamos ver en Ámsterdam, está cada vez más amenazado: desaparecen muchos carriles propios para bicicletas al hacerse obras en las carreteras de algunos barrios, se prohíbe su circulación en algunas zonas del centro urbano o en parques “turísticos”, no es posible llevarla con uno mismo en otros transportes públicos, y la presión publicitaria hacia todas las clases sociales se dirige hacia la adquisición de un automóvil presentado como “el mejor medio de transporte”, y el más deseable.

No obstante todo lo anterior, aún es posible percibir una ciudad “amigable” con las bicicletas y, además, en lugar de las motos propulsadas mediante gasolina, han proliferado numerosas bicicletas que incorporan motores eléctricos auto-recargables con el pedaleo o con el simple deslizamiento. Aunque no son muchas las tiendas donde se alquilan bicicletas, sí que son abundantes las tiendas donde se venden en todas sus modalidades y con todo tipo de accesorios. El robo de bicicletas ha ido aumentando con el tiempo, según hacen notar la prensa y las autoridades, pero no parece alcanzar las magnitudes que tiene en las grandes ciudades holandesas. También se pueden encontrar repartidos por diversos puntos de la ciudad y, sobre todo, en las vías principales, “reparadores” ambulantes de pinchazos y de cualquier otro aspecto mecánico de la bicicleta.

En este sentido, lo que más llama la atención es la propia *antropología* del tráfico rodado. Los ciclistas, por una parte, constituyen auténticas “masas críticas” que se mezclan con el resto de la circulación de una manera que podríamos considerar como un “caos organizado”. Muchos circulan en dirección contraria a la que deberían y en los cruces se cuelan entre los coches o los peatones, esquivándose todos de forma mutua y aparentemente armónica. Los adelantamientos pueden ser por cualquiera de los costados, no es extraña la circulación de las bicicletas por las aceras y las señales

de tráfico o los guardias de tráfico son sólo meras referencias indicativas, pues cualquier ciclista está siempre presto a continuar su trayecto a cualquier precio y a pesar de cualquier impedimento. Los vehículos más rápidos, a motor, por su parte, especialmente los taxis y los autobuses, se saltan muchos de los semáforos en rojo, invaden los carriles para las bicicletas, realizan giros de 360 grados en vías de varios carriles y tampoco tienen reparos en transitar en dirección contraria a la debida. Curiosamente, apenas se producen accidentes graves. ¿Por qué? Pues la clave de todo ello parece ser la baja velocidad de todos esos vehículos, incluidos los motorizados (al menos, en el centro urbano durante las horas de mayor obligada ralentización del tráfico). Los taxis rara vez superan los 80 km/hora en las vías de circunvalación. Los atascos infernales en las horas punta juegan también su parte. En las bicicletas, sólo algunos jóvenes temerarios apuran de más y se confían en exceso en los cruces aviesos. Por último, no es menos importante la *cultura* heredada, en cuanto a formas de observar las acciones de los otros conductores y las conductas esperadas, por toda una larga tradición de uso masivo de la bicicleta en un país que ha sido uno de los principales productores y exportadores de ese ecológico medio de transporte durante décadas.

Si alguna lección sociológica se puede extraer de esos comportamientos a la hora de desplazarse es que más normas explícitas no generan más orden eficiente. De hecho, son muy escasas las señales de tráfico advirtiendo de los límites de velocidad máximos o amenazando con sanciones a quien conduzca de forma temeraria (sí hay carteles, por ejemplo, invitando a no consumir alcohol al volante). Simplemente, no es necesario. La coordinación informal de los vehículos lentos y rápidos parece asentarse en las premisas generales de “intentar evitar los accidentes a toda costa” y de “no conducir a una velocidad que pueda poner en peligro a los demás”. Lógicamente, más de 13 ó 14 millones de residentes (depende de si tomamos como referencia sólo la ciudad o si incluimos sus suburbios y periferias) -afortunadamente, no desplazándose todos al mismo tiempo- pueden tener destinos y necesidades de desplazamiento muy diversas, por lo que no se puede esperar un tráfico pacífico y relajante. Ocurre todo lo contrario. Lo sorprendente es que todas esas trayectorias cruzadas y dispares se comportan de una manera casi *orgánica*, como las filas de hormigas aparentemente ciegas y que recuperan enseguida su camino después de cualquier tropiezo casual. Como no creemos que nadie haya nacido con esas dotes naturales para manejarse en ese barullo, a veces casi infernal, del tráfico de Pekín, sólo cabe deducir que tal auto-organización responde a un cuidadoso aprendizaje individual y colectivo a la vez.

La idea de “ecología urbana” siempre ha suscitado vivos debates entre los especialistas de las ciencias sociales. ¿Debería referirse sólo a aquellos usos e impactos humanos que ponen en cuestión la capacidad de carga de los ecosistemas naturales en los que se asientan las ciudades? ¿Debería incluir también los hábitos culturales que le confieren configuraciones especiales e híbridas a cada espacio, con su diferente grado de urbanización / humanización? ¿Debería, más allá de esa escala elemental, apuntar a fenómenos más generales y sustantivos relativos a un insondable, invisible, inconsciente (y, en cuanto difícilmente planificable, *natural*) orden social de nuestros comportamientos humanos en espacios particulares, de forma independiente a las leyes explícitamente codificadas? En la observación etnográfica de Pekín emergen constantemente estas cuestiones. Algunos ejemplos añadidos a lo ya mencionado podrían ser los comportamientos e interacciones de la población en lugares como los parques, los hitos turísticos, los restaurantes, las galerías de arte o en las propias calles.

En los parques, en particular, nuevamente es imprescindible distinguir aquellos que son de pago y que incluyen atracciones turísticas específicas, de los de libre acceso. Sin embargo, todos ellos son lugares de exposición pública simultánea a la realización de una actividad de ocio. Pasear, hacer deporte, jugar a la raqueta (bádminton, en particular), volar cometas, pasear al perro, sacar a tomar el aire a los pájaros (en sus jaulas, habitualmente), practicar ejercicios gimnásticos (de forma

individual, al estilo chino tradicional –tipo Tai Chi, para entendernos-, o en grupos con una monitora), jugar a las cartas o a cualquier otro juego de mesa (casi siempre colectivo, en grupos de cuatro a seis miembros), cantar, bailar (también casi siempre en grupo y en parejas) o tocar algún instrumento (estas últimas, siempre a un volumen moderado, evitando con delicadeza cualquier estridencia que pueda importunar a terceros) son todas ellas actividades que tienen a los parques como escenarios privilegiados y que son propiciadas por el clima estival, aunque algunas también se pueden observar improvisadas en cualquier otro espacio urbano: debajo de los puentes, en las aceras, en carreteras en obras, en los recintos interiores a varios edificios, etc. Nadie obliga a su práctica, no hay leyes que las regulen exhaustivamente. Parecen responder a necesidades humanas básicas y a costumbres culturales, es decir, a formas particulares de realizarlas en público, de aprenderlas, de vestirse para ellas y hasta de disponer de forma adecuada el cuerpo, las emociones y las actitudes a la hora de hablar a través de ellas (o sobre ellas, o a partir de ellas). El mismo hecho de que se realicen unas u otras, ya puede tomarse como indicador de las variaciones culturales de unas ciudades, regiones o países a otros. En Pekín, por ejemplo, es poco habitual ver a corredores por las calles fuera de los parques mencionados (no obstante hemos encontrado algunos en la zona universitaria de Haidian e incluso a horas intempestivas de la noche alrededor de la Ciudad Prohibida), pero, de nuevo, es preciso atender a los escasos espacios físicos adecuados para ello.

Se podrían, en todo caso, hacer registros más detallados, por poner otro ejemplo, de las razones que llevan a poner de moda una u otra zona de bares durante meses o años, entre qué grupos sociales y con qué apoyos u obstáculos políticos y económicos. O, como ya se ha referido, las específicas pautas de interacción entre los diferentes vehículos y los peatones, en los cruces, semáforos, paradas de autobuses, estaciones de metro, etc. Esos movimientos aparentemente *orgánicos* de la población, pues se deben más a normas sociales que a leyes propiamente dichas (promulgadas por un órgano político y veladas por los jurídicos y policiales), no implica que desatendamos en su explicación todos los factores o hechos *propiamente sociales* que se constituyen en sus condiciones necesarias de posibilidad: las tendencias generales de planificación y evolución urbana del conjunto de la ciudad, la densidad poblacional y constructiva, las estrategias económicas de inversión y de relocalización de todo tipo de negocios, las afinidades y aversiones entre distintos grupos sociales, las ordenanzas municipales regulando la vida cotidiana... Nuestros objetivos en el caso de Pekín han sido más modestos, pero el extrañamiento experimentado al fijarnos en esta ciudad nos ayuda a revelar estas cuestiones y nos sugiere cómo perseguirlas de forma concreta.

A los ecólogos urbanos-humanos clásicos les apasionaban, en este sentido, las estadísticas de delitos (también las de matrimonios, asociaciones, etc.) y su distribución espacial por distintas zonas de la ciudad. Aunque en esta ocasión no hemos tenido acceso a ellas en Pekín, dos noticias publicadas en *Beijing Today* el 28 de julio de 2006 ponían de relieve la complejidad de estos problemas: un titular en portada señalaba el asesinato de una mujer italiana en Chaoyang, mientras que en las páginas interiores aparecía una información acerca del incremento de las cámaras de videovigilancia en la ciudad. Lo inusual del primer delito puede ser la razón de su aparición en portada. El hecho de que la víctima sea una persona extranjera puede generar una cierta alarma entre el público lector de este periódico en inglés, pero sólo en el cuerpo de la noticia se revela que el asesinato ocurrió precisamente en una de las zonas de bares de mayor auge actual (Sanlitun). En esa área se da cita buena parte de la población extranjera en sus horas de ocio nocturno, lo cual también atrae a pequeños traficantes de drogas y a mendigos. Por su parte, el garantizar la seguridad durante los Juegos Olímpicos de 2008 se presenta en la segunda noticia como la loable causa del notable aumento de la videovigilancia. Se estima, así, que existen más de 250.000 cámaras de videovigilancia instaladas en la ciudad, en establecimientos tanto públicos como privados. También se mencionan las “preocupaciones” de algunos ciudadanos por la intrusión de esos ojos electrónicos en su vida privada.

Nada de ello, en consecuencia, ocurre de forma natural. Se trata de procesos de largo alcance, con distintas fuentes de “materias primas”, de “formas de transformación” y de resultados. Es más, por debajo de aquellas cuestiones que se hacen visibles a través de los medios de comunicación de masas, la observación directa también permite identificar sucesos menos noticiables (por ejemplo, un padre de clase media amonestando severamente y dándole un bofetón a su hijo de no más de diez años nada más subir al autobús en una parada cercana a Tiananmén, ante la mirada atónita y comunicando un cierto rechazo, pero mudo, del resto de los pasajeros) o matizar las formas en que se producen (el tipo de aproximación insistente, por ejemplo, que tienen los mendigos a los extranjeros, acompañándolos todo lo posible en su caminar). Los ecosistemas sociales, como se ve, se presentan con distintas gamas de grises hasta en la ciudad más contaminada, pudiendo llegar al verde o al negro en algunos de sus oasis o dramas cotidianos.